

COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

M, enero 20 1957

LOS FUEGOS DE ENTONCES

Uno de los espectáculos más emotivos para la curiosidad infantil en los días de nuestra niñez, eran los fuegos que se originaban dentro del perímetro, pequeño entonces, de la urbe capitalina.

Y fácilmente se supone que semejante sensación no la producía un sentimiento morboso imposible de concebirse en seres de pocos años que no podían calibrar en todas sus proporciones los estragos de una gran conflagración como la ocurrida en la ferretería Isasi, un día del mes de mayo de 1887, que llegaba a nuestros oídos, envuelta en los ropajes de la leyenda.

La divulgación de la noticia en la época a que nos referimos no se realizaba, como ahora, por modernos conductos radiofónicos, ni como se llevaba a cabo en lustros anteriores, mediante los impresionantes toques de las campanas de las iglesias. Simplemente se echaba mano del método del "pito de auxilio".

La autoridad o sencillamente cualquier ciudadano que tuviese conocimiento del inicio de un suceso semejante, requería a tal sistema para difundir la mala nueva, pero ello no se hacía a capricho. Existía un código de "pitazos largos y pitazos cortos", con el objeto de que la ciudadanía se enterase de la demarcación donde se hubiese originado el siniestro.

Luego, tan importante para el hombre de la calle era llevar en el bolsillo el llavín de la puerta y el portamonedas como el pequeño volumen del Almanaque del Obispado en cuyas últimas páginas se hallaba impreso el Código a que hemos hecho referencia.

De esa manera, hallándose en el trabajo o en alguna diversión podía saber lo antes posible, si se le estaba quemando la casa.

Y entre pitazos de auxilio y toques de corneta, casi toda la población se dirigía apresuradamente por los medios de locomoción existentes al lugar del incendio, hasta que llegaran la bomba y el carro auxilio tirados por piafantes caballos percherones, si no muy veloces, al menos bastante inteligentes, pues apenas escuchaban el timbre de alarma se colocaban instintivamente

en su lugar para que le cayeran encima los arreos que habrían de engancharlos a aquellos vehículos primitivos. A la bomba había que encenderle previamente la paila, —carbón y leña— para levantar la presión del agua situada en el tanque en forma de botella de pie que le daban inconfundible característica, en tanto el humo hirviendo salía por su ancha boca.

Mientras en el carro auxilio, sin grandes escaleras automáticas, se colocaban los bomberos tocados con pintorescos cascos, a fin de rendir una benemérita y voluntaria labor ya que no recibían sueldo alguno por ello.

El procedimiento quizás resulte bastante anticuado para algunos espíritus modernos, pero a ellos debemos advertirles que en justa compensación, cuando la bomba llegaba al lugar del hecho se enchufaban las mangueras, corría agua por dentro de ellas. ¡Y váyase lo uno por lo otro!

De los fuegos célebres que ocurrieron en aquellos tiempos, podemos decir que no recordamos el de la Manzana de Gómez y apenas tenemos una leve noción de lo ocurrido en los muelles de Baratillo que duró varios días.

Pero en distintos momentos si pudimos apreciar en toda su intensidad el del establecimiento de "Harris Brothers", el de una casa importadora de películas situada en la calle Neptuno, que si mal no recordamos se denominaba "Cuban Films" y posteriormente el del viejo Centro Asturiano que destruyó al mismo tiempo el teatro Campoamor, fabricado en el mismo lugar donde estuviera el histórico "Albisu", catedral del género chico español.

Y aquellos incendios de entonces sirvieron de inspiración, como es de suponerse, a la musa popular, recordando de aquella época las andanguera:

"A la voz de fuego, ¡se va Covadonga!"
el posterior:

"Fuego, fuego, ¡se quema la planta eléctrica!
o aquél que todavía repiten algunos ciudadanos maduros:

"Se quemó la choricera, ¡bongo, camará!
Y una chorizo "ná" más queda, ¡bongo camará!

